

jerarcas de la Iglesia y de las religiosas hospitalarias para asistir, educar y transformar a los menesterosos del Hospicio. Explora las diligencias de los empleados como mediadores en el intercambio de la asistencia. Nos da una idea clara de la vida diaria de estos funcionarios que definieron la asistencia en la institución, que no sólo reprime y controla, sino “contiene” de muchas maneras a los pobres.

No cabe duda que la edición en español de este libro era necesaria. Me queda claro que entre las muchas aportaciones, el libro valida perspectivas y enfoques de la historia social para entender la historia urbana, la historia nacional, la historia de los pobres y la historia de la construcción del México moderno. Así, el lector que busca miradas complejas de la sociedad de los siglos XVIII y XIX encontrará en el trabajo de Silvia Arrom una afanosa investigación y una narración estimulante.

María Dolores Lorenzo Río

*El Colegio Mexiquense*

MAGALI M. CARRERA, *Traveling from New Spain to Mexico. Mapping Practices of Nineteenth-Century Mexico*, Durham, North Carolina, Duke University Press, 2011, 325 pp.

A partir del título de este libro, nos enfrentamos a las múltiples definiciones de dos términos clave: viajar y mapear. Viajar remite a aquellos llevados a cabo durante el virreinato y el siglo XIX, en el tiempo y en el espacio; a la vez, se refiere a la transición entre ser un territorio con dependencia política ante la corona y el estatus de país independiente. Los mapas son, en el vocabulario de Magali Carrera, un instrumento para definir la identidad nacional, sean juegos de latitud y longitud o aportaciones a la cultura visual que delimitan lo nuestro frente a lo otro. Mapear sin ningún mapa es

usar un término que alude a la representación más que a la ubicación de quienes desean emplear claves visuales y literarias a la hora de analizar un lugar y una cultura en su relación con los demás. También significa, según la autora y el *Diccionario de la Real Academia*, un texto escrito que resume lo conocido acerca de un tema. El sentido dieciochesco de mapa, dentro del contexto de las citas del Marqués de Altamira y el virrey Revillagigedo, escogidas por Carrera, no remite a imágenes cartográficas sino a una descripción global de la Nueva España. Un elemento clave es la historia natural, la flora y la fauna de un sitio en particular, cuya presencia puede volver excepcional un lugar y prestarle una identidad.

Para que la palabra “mapear” cubra todas estas actividades, su significado tiene que ser muy amplio. Los mapas no son, según Carrera y las numerosas fuentes que cita, sólo una representación de un espacio delimitado. Lo exacto de las medidas no influye en la definición. Un mapa no tiene que ser, necesariamente, la representación de una realidad geográfica; más bien, el mapa constituye una perspectiva, una visión del mundo en el momento de su elaboración.

La autora ofrece un extenso recorrido por los textos y las ilustraciones referentes a las imágenes que produjeron los viajeros. Resalta el impacto que tuvieron en el imaginario popular y en la creación de una conciencia nacional. La parte central de *Traveling* es una reseña de la obra de Antonio García Cubas. Este profundo conocedor del México decimonónico construye espacios con sus mapas y con los grabados que describen costumbres y paisajes (es un autor costumbrista, tema que no toca específicamente la autora), creando así una historia visual que aporta elementos para definir lo mexicano. En su oración introductoria, Carrera se refiere a los mapas y atlas de García Cubas y el acto de “mapear la identidad nacional”. Es llamativa la idea de que se pudiera “mapear” una identidad, pero el problema es que hubo muchas identidades mexicanas durante el siglo XIX. Mejor hubiera explicado la autora que el trabajo de García Cubas ayudó a encontrar

un terreno común para todos los habitantes en la construcción de una identidad nacional (entre las muchas posibles). Insistir, como lo hace Carrera, en que esa identidad de país independiente (que en tiempos de García Cubas ya llevaba décadas de difícil existencia) es el producto de un cruce de lugar espacial con esencia cultural es más que obvio. La diversidad de ese elemento cultural es lo que dificulta la creación de la identidad nacional. ¿Qué tienen en común los indios mayas de Yucatán con los seris del norte o, lo que es lo mismo, con los distintos grupos lingüísticos? No contestar adecuadamente esta pregunta hace que la insistencia de la autora en la creación, gracias a elementos visuales, de esa identidad nacional, suene alejada de la realidad.

El problema que encuentro con la amplia definición de “mapas” es que no tiene límite. Si todo contribuye a la historia visual y a la consecuente identificación de sí mismo (importante para la creación de la nación mexicana), ¿dónde está la frontera entre lo particular y lo general, entre lo que es significativo y lo que no lo es? La definición es tan amplia que casi cualquier relato acerca de cualquier tema cabe, con tal que contenga un elemento mexicano. El siglo XIX está repleto de objetos de arte (pinturas, escultura, artesanías), edificios, costuras, comidas, además de fenómenos menos tangibles como los planes políticos, la música y las obras literarias que ilustran y explican lo mexicano. Todo lo que se manifiesta de modo particular, que en ojos del “otro” no es igual a lo suyo, podría formar parte, según Carrera, de los mapas de México. ¿Qué incluir y qué excluir de un panorama tan amplio?

El libro cubre un área mucho más extensa que el tradicional del mapa. Empieza con un capítulo intitulado “Investigación y perspectivas teóricas” que hace una correlación entre una cita de Borges y el trabajo de García Cubas. Ambos se refieren a un proceso de autoconocimiento, de entender, al final del viaje, qué es la existencia terrenal, cómo los caminos, las imágenes, los objetos que llenan el espacio, las líneas del dibujo que configuran el entorno

de uno, son las arrugas de la cara, son el reflejo de la cara misma. Borges lo entendió al final de su vida; García Cubas lo entendió no como el reflejo de su propia cara, sino como la configuración de una nueva nación, la mexicana, en proceso de construcción, como nos lo dice la autora en repetidas ocasiones.

Los geógrafos y los historiadores intentan utilizar las claves visuales para construir una realidad que corresponda a una identidad nacional. Por eso no pueden avalar lo dicho por Carrera, que cree que los mapas hechos por los indígenas fueron considerados “ineptos” o “defectuosos” desde la conquista hasta el siglo xx (p. 5). No reconoce el uso que hicieron de ellos las autoridades virreinales para dominar a las poblaciones indígenas y cobrarles tributo. Los mapas de los españoles tampoco tenían gran precisión, así que el hecho de que no “representaban un territorio físico con exactitud” o que distorsionaban la realidad no los hacían inútiles a los conquistadores, como afirma la autora.

Hablar en 2011 de la obra de Humboldt durante más de 16 páginas obliga a repetir lo ya conocido sobre él. Redactar, de nuevo, los datos acerca de William Bullock, sin citar a Michael Costeloe, es no estar al día de la bibliografía. Tampoco menciona las publicaciones de Virginia Guedea. Dedicar un capítulo a Claudio Linati, Karl Nebel (y no darse cuenta de que es la misma pintura, con ligeros cambios, la de la p. 91 y de la 135, donde no se identifica al pintor), Waldeck, Gualdi, Stephens, Catherwood, Prescott, Donnavan, Disturnell y Karl Sartorius no se justifica, más que como antecedentes de García Cubas.

*Traveling* tiene aciertos, pero como todos los libros, no se libra de errores. Éste tiene su buena cuota. Durante el virreinato se refiere más bien a “las Indias” que a América, aunque reconozco que es difícil traducirlo al inglés. “The Indies” se presta a confusión. Las relaciones geográficas del arzobispado de 1743 no fueron publicadas con “small maps showing the town’s relationship to surrounding topography and other towns”. Francisco de Sola-

na, en su obra de 1988, indica en el prólogo que incluye como ilustraciones los mapas hechos en 1768 por José Antonio de Alzate, que son a los que se refiere la autora (p. 51). Por otra parte, en un mismo párrafo se asignan las fechas 1857 y 1858 a la misma carta general de García Cubas. Debido a un error tipográfico lamentable, Luis XIV [sic] perdió la cabeza en 1793. El escudo identificado como de la ciudad de México no lo es. El escrito al pie del cuadro “alegoría de las autoridades” no dice “Viva el rey”, sino “Reinando nuestro católico monarca, el amado y deseado Fernando Séptimo (que Dios guarde) las Españas e Indias”. Es cuestionable afirmar que Carlos María de Bustamante promovía valores más “liberales” que Lucas Alamán, siendo aquél un católico tradicional íntimamente convencido de su religión.

Decir que “before 1821 there was only Spanish history” (p. 120), que sólo se historiaba la parte virreinal, deja a un lado el nacimiento del nacionalismo criollo en la pluma de Clavijero, por sólo nombrar al famoso exilado jesuita. La autora se contradice al incorporar a su análisis la historia prehispánica reseñada por Villaseñor y Sánchez en el *Theatro americano*. Por lo menos otras dos historias de Nueva España escritas por criollos incluyen apartados de historia prehispánica: la *Biblioteca mexicana* de Juan José de Eguiara y Eguren (1755) y *Tardes americanas* de José Joaquín Granados y Gálvez (1778).

Otros errores de precisión se relacionan con el hecho de que Rafael Gondra no fue sacerdote, en cambio, Alzate fue presbítero pero no jesuita y Ángel Calderón de la Barca no fue embajador sino ministro plenipotenciario. Claudio Linati estuvo en México no sólo seis meses en 1826 sino dos años, de 1825 a 1827. La institución creada en esa época se llamó el Museo Nacional de México, no [*El*] *Museo Mexicano*, que era más bien el nombre de un periódico. ¿Realmente se puede afirmar que “Waldeck also depicts the tortilleras lasciviously as they prepare and shape the dough?” Por muy exóticas que las veía, ¿llegaba a la lujuria el asunto? Desafortunadamente,

tunadamente, la autora no incluye una reproducción de su pintura, para que pudiéramos juzgar por nosotros mismos el grado de excitación que le provocaban estas sufridas mujeres.

Las repeticiones son siempre molestas y en el caso de este libro, con un lenguaje que podía haber sido más sintético, impacientan al lector. Con sólo haber revisado el texto para buscar sinónimos y no repetir palabras claves dos veces en la misma oración hubiera aligerado la lectura. La conversión en país independiente se menciona muchas veces; el hecho de que los mapas son un acercamiento a la realidad específica del momento en el cual fueron elaborados es más que obvio. Que García Cubas creía que sus imágenes revelaban una verdad acerca de México lo es también. Bastaba con decirnos una vez que las nuevas técnicas incluían la litografía, la cromolitografía, el daguerrotipo y la fotografía. En referencia al *Teatro Americano*, al contrario de lo que afirma la autora, los 30 ejemplares de este libro no fueron el tiraje sino la cantidad enviada al rey y al Consejo de Indias (p. 55). El primer capítulo del libro “que reúne una historia de la Nueva España desde la prehistoria hasta la conquista del siglo xvi” llega hasta 1746. La lista de detalles, pequeños y no tan pequeños, es larga.

Casi la mitad del libro se dedica a las obras de Antonio García Cubas. Sin embargo, habla poco de sus publicaciones entre 1861 y 1911, en español, francés e inglés. La importancia de este sabio es innegable, pero *Traveling* no se adentra en su formación. No sabemos cómo se hizo geógrafo y cartógrafo, ni cómo logró imprimir sus mapas, pieza clave, según la autora, en crear una identidad nacional. Tampoco conocemos el tiraje ni cómo fue la distribución de sus obras ni quiénes eran los artistas y los grabadores de las láminas. No se menciona que García Cubas trabajó con Joaquín Velázquez de León; se habla poco del Instituto Nacional de Geografía y Estadística, que toma, después de 1850, el nombre de Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. No se explica la ausencia en el texto de una mención siquiera del ilustrado (e ilus-

tre) José Gómez de la Cortina, gran benefactor de la geografía y mentor de García Cubas, ni de José María Lacunza. No hubiera estado por demás mencionar el hecho de que García Cubas revisó más de 300 mapas que pertenecían a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística antes de lanzarse a elaborar su *Atlas geográfico*. El famoso Manuel Orozco y Berra también le acompañó en su trabajo. Es decir, había una comunidad de científicos con una meta en común, que era lograr un más amplio conocimiento del territorio, de las riquezas, de la historia y de la cultura de todo el país. Su ausencia en este libro acerca del “mapeo”, en el sentido más amplio posible, deja coja a la historia.

La autora (y catedrática de historia del arte) comienza su libro con una larga introducción metodológica, salpicada de un vocabulario muy acorde con el tono académico de moda en el mundo universitario estadounidense. El texto está cargado de términos en primera persona de lo que la autora presenta, reconoce, participa en, necesita, recibe, se beneficia de, conceptualiza, analiza, elucida, reseña, etc., como si fueran las justificaciones exigidas en una tesis doctoral pero de las que se puede prescindir en un texto para lectores en general, que no necesitan enterarse del andamiaje de la investigación.

Un aspecto amable del libro es la manera como Carrera analiza las viñetas que adornan los mapas. Llamaban la atención las figuras femeninas y los mensajes que transmiten en cuanto a grados de civilización. África y el nuevo mundo, específicamente las Indias, son representados por mujeres bien dotadas, poco recatadas, desnudas o con poca ropa, a veces hecha de plumas, y tan extrañas como el ambiente en el cual viven. Lo bárbaro se asocia con la poca ropa. En cambio, Asia y Europa son representadas por mujeres decentemente vestidas. Una excepción es la mujer que representaba a la Nueva España, que Carrera describe como vestida elegantemente (sinónimo de riqueza, abundancia y un ambiente exótico), portando una corona, cuando en realidad es una cacica

rica, una indígena descendiente de la realeza mexicana que lleva una media mitra, llamada así por parecer la mitad de una mitra de obispo. La imagen era conocida del público novohispano, que había visto representaciones semejantes en pinturas e impresiones antes y después de la publicación del *Theatro americano*.

*Traveling from New Spain* recurre para documentar su hipótesis más a ilustraciones que a mapas. Adolece de un exceso de información que no es exacta. Le falta comprensión histórica de la realidad novohispana y mexicana, tanto pasada como presente. Este texto de Carrera es mucho más cercano a un trabajo introductorio para un público general que para especialistas, que no encontrarán novedades en sus reseñas (no aportan un conocimiento nuevo) acerca de los esfuerzos decimonónicos por conocer e identificar como propio un territorio y una serie de culturas. Se nota que la autora hizo un enorme esfuerzo de investigación bibliográfica, pero en su mayoría de autores extranjeros. La ausencia de menciones de investigaciones mexicanas sobre el siglo XIX y el nacionalismo le resta solidez a su análisis. Sin embargo, el libro tiene la gran virtud de recordarnos la contribución importante que hizo a la cartografía el gran mexicano Antonio García Cubas.

Anne Staples

*El Colegio de México*

NORMA ANGÉLICA CASTILLO PALMA, *Cuando la ciudad llegó a mi puerta. Una perspectiva histórica de los pueblos lacustres, la explosión demográfica y la crisis del agua en Iztapalapa*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 2012, 260 pp. ISBN 978-607-477-227-2

El pasado de la ciudad de México es un tema recurrente en investigaciones de científicos sociales –tanto historiadores y sociólogos,